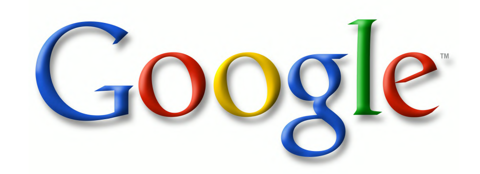


ALGO

SOBRE

LA REVOLUCION POPULAR

CARTA

Al Dr. D. Cárlos M.ª de Pena,

POR

PEDRO B. CASAMAYOU



MONTEVIDEO:
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE "EL TELÉGRAFO MARÍTIMO"
Calle de las Piedras, 69 y 71

1886

ALGO

SOBRE

LA REVOLUCION POPULAR

CARTA

Al Dr. D. Cárlos M.ª de Pena,

POR

PEDRO B. CASAMAYOU



MONTEVIDEO:
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE "EL TELEGRAFO MARÍTIMO"
Calle de las Piedras, 69 y 71

1886

ALGO SOBRE LA REVOLUCION POPULAR

Sr. Dr. D. Cárlos María de Pena.

PRESENTE.

Mi muy estimado compatriota y amigo:

Una revolucion armada que fracasa apenas acaba de librar las fronteras de la Patria y setecientos prisioneros en poder de las fuerzas del Gobierno, son dos hechos singulares que no reconocen precedente en los fastos de nuestras luchas civiles, y en cuya esplicacion va interesada la dignidad cívica de la juventud oriental que contribuyó poderosamente con sus entusiasmos nobles y con sus abnegados sacrificios patrióticos, á la realizacion del pensamiento revolucionario concebido de largo tiempo atrás por los prohombres de los varios partidos políticos en que se divide la opinion pública del país.

He leido con espíritu sereno, cesada ya la agitacion de la derrota en sus manifestaçiones mas vivas, las diversas publicaciones con que algunos compañeros de armas han querido rendir un homenaje de respeto á los esfuerzos estériles de esa juventud ó censurar la conducta aún indefinida de los Generales Castro y Arredondo, colocados al frente de la cruzada reaccionaria.

No me parece que ellas concuerden ni en su fondo ni en los efectos morales que se buscan por sus autores.—Basta compulsarlas brevemente, para notar á priori una discrepancia casi absoluta de opiniones y de exposiciones que introducen la confusion y desconciertan el espíritu observador del que lée, ávido de conocer los diversos estados ó periodos que atravesaron los elementos armados, hasta el desenlace fatal de la revolucion en el 31 de Marzo.

A favor de este concepto ¿podré justificar la publicacion de esta carta, explotando su nombre para presentarme en público, á falta de títulos propios que me acuerden ese derecho sin duda reservado para mas de una inteligencia brillante cerrada en el círculo de la modestia?

En la tumba recien abierta del malogrado compañero Juan P. Samper, dijo Vd. que el patriotismo tiene sus dias de duelo y que la luctuosa jornada del Quebracho, es uno de ellos. No es la primera vez, agregó, que en los fastos de la Historia, sobre catástrofes semejantes, el buril de la justicia póstuma graba esta inscripcion doliente:

Gloria á los vencidos!

Perpetuemos esa gloria, replico yo.

II

La idea de consagrar un recuerdo á la revolucion popular, no me ha sido sujerida por la fatalidad del contraste esperimentado. A la mísera sombra de una carpa mas mísera aun, en la Provincia de Entre Rios, rodeado de un círculo de amigos que se estrechaban en una santa aspiracion y sentian latir sus corazones al calor de un mismo entusiasmo, surgió prestigiada desde luego por la adhesion unánime de los que buscaron la redencion de la Patria en los campos de batalla.

Entonces se me honró inmerecidamente. Fuí designado para atacar la obra y si ayer me disponia á cantar himnos de triun-

fo, coronada la victoria, hoy acepto el designio de la suerte ingrata y deponiendo una lágrima en la tumba recien abierta de los bravos sacrificados en las Puntas de Soto, arrancaré á la virginidad de mi pluma, profana en tareas literarias de este órden, la reivindicacion del honor en la jornada concluida para quien ha sabido conquistarlo: para la juventud oriental.

Busco la gloria que Vd. invoca.

III

No tengo propósito deliberado de atacar ni defender al general en jefe de la Revolucion don José M. Arredondo; pero si en el curso de este trabajo ligero, se desprendiesen contra él acusaciones leves ó graves—que no lo espero—deberán entenderse merecidas y espontáneamente surgidas de un honesto pensamiento que hoy ya puede sustraerse á las influencias que nacen del pavor de la derrota.

Podrá existir controversia respecto de uno ó de todos los puntos que someramente examinaré y en este sentido, abonada con el testimonio de testigos presenciales en los sucesos de la campaña, replicaré á la cortesía del ataque con la cortesía de la contradiccion en debate sereno y desapasionado.

IV

Lo expuesto basta como exordio.

Ahora recorreré la historia de la revolucion, á grandes rasgos, desde su nacimiento en la República Argentina hasta su muerte en el suelo de la Patria.

V

De la época de nuestra Independencia hasta los dias corrientes, ninguna administracion política rigió los destinos del

país, revestida con caractéres tan especiales que impusieran una lucha pública, tenaz y encarnizada entre dos elementos: el gubernista, dominante en el sólio del poder y el oposicionista levantado en la tribuna y en la prensa.

Protestas escritas de los segundos, frases de airados anatemas predicados en los clubs políticos y científicos, bajo el techo de los teatros, en los salones de la familia, en las conversaciones de la calle y en la bohardilla del jornalero, que mas tarde tuvieron su repercusion intensa bajo las bóvedas de los templos, mientras los primeros persistian en su invariable programa de gobierno, decretaron una situacion escepcionalísima, en que mas tarde ó mas temprano habrian de chocar aspiraciones encontradas, propósitos de esencia distinta, y manifestaciones antitéticas.

....

Sombras en el cielo de la Pátria, la tribuna desierta, la virtud enseñante de la prensa esterilizada en el vacío, la evolucion política repudiada por el elemento viejo de nuestro viejo tradicionalismo y rechazada del seno de las agrupaciones jóvenes que estrechaban sus filas á la sombra de la bandera del partido Constitucional....acabaron de marcar un divorcio absoluto que invitaba á la lucha armada, que indicaba con elocuencia abrumadora á la Revolucion como el medio práctico de resolver el problema de la vida libre en la República.

VI

Surgía la Revolucion Popular.

Los Orientales residentes en la vecina orilla, acometieron la tarea de darle forma, elaborando su desarrollo amasado con los principios políticos que constituyeron el programa santificado con sangre de mártires en Perseverano y en Guayabos y los mismos que se mantuvieron caídos á la época en que el

Coronel Latorre resignó el mando usurpado á las libertades públicas de su Patria.

Fué necesario fraternizar en la obra y la fraternidad mas ámplia se hizo carne en la idea revolucionaria.

La emigracion estaba decretada y tuvo sus comienzos imponentes. Padres que abandonaban sus hijos,—hijos que rompian los lazos de sus afecciones mas íntimas,—esposos que dejaban sus hogares librados á la suerte del destino,—togados que cambiaban su toga por el fusil del ciudadano, estudiantes que quemaban sus libros para templar el acero de la pelea,—llenaron bien presto las calles encajonadas de Buenos Aires, testigos cien veces de múltiples conversaciones entusiastas, en que el que menos protestaba disposicion inquebrantable de rendir su vida en holocausto á la idea patriótica, al ara de la revolucion de sus grandes ensueños.

VII

El cuerpo revolucionario, grueso y compacto, estaba de pié como guardia de honor de las gloriosas tradiciones, de las leyes, del derecho, la justicia y las libertades orientales.

La cabeza revolucionaria, tambien estaba encontrada.

El General Arredondo, cuyas proezas de valor tanto y tanto se han pregonado por estas comarcas americanas y cuya táctica y estratégia militares tanto se predijeron como las cualidades distintivas que le caracterizaban entre sus iguales en la carrera y que daban impulso á su renombre adquirido en brillantes jornadas,—fué invocado Oriental por sus compatriotas y llamado á dirigir las operaciones de la guerra...

VIII

La organizacion del ejército luchador no debia hacerse esperar y aquí empieza la historia de los sacrificios juveniles á que he querido referirme en el comienzo de mi carta.

Entre los emigrados de la generacion que se levanta, con aptitudes militares probadas en acciones de guerra que pertenecen á la historia de luchas atrasadas en el país, distinguíase el comun amigo Rufino T. Dominguez, cuyos rasgos biográficos se encontrarán en las últimas páginas de este folleto.

Por esas aptitudes militares, por sus afinidades con el elemento ilustrado de nuestra sociedad y por sus vinculaciones directas con la juventud, estaba indicado sinó como caudillo prestigioso capaz de concurrir al movimiento reaccionario con ejército robusto al estilo del de Xerxes, al menos como jefe de esa *muchachada* brillante en quien la Pátria, hoy como ayer, cifra sus mas caras esperanzas para un porvenir risueño de paz y de ventura, de gloria y libertad, cantado desde extranjeras playas por uno de nuestros pensadores políticos mas discutido y menos estudiado: Juan Cárlos Gomez.

Esta verdad se hizo en breve evidente.

Acariciada por él la idea de agrupar en torno á la bicolor bandera á sus hermanos en el ideal comun, la llevó á la práctica, contando para la consecucion de su propósito con la ayuda prestigiosa de José Batlle y Ordoñez, Juan Campisteguy, Anselmo Acosta Gutierrez y otros dignos compañeros de causa.

IX

Una casa vieja, con sus paredes carcomidas por la fuerza del tiempo y sus pisos abiertos en grietas por el uso continua-

do, con condiciones higiénicas de muy sospechosa bondad, perdida en los recobecos de la calle del Paraguay, en la ciudad vecina, fué su club de libertad, fué el templo sacro donde se conservó vivificante el fuego de patriotismo que alimentára las aspiraciones nobles de doscientos cuarenta revolucionarios que sentian con un solo sentimiento y pensaban con un pensamiento único, grande, entusiasta y generoso.

Allí, con el calor infernal de la hoguera del verano, con raquítica alimentacion grosera, con necesidades de todo género que se multiplicaban á medida que avanzaba el tiempo y se aproximaba la hora de acudir al llamado del sacrificio,—resignados con resignacion ejemplar, sometidos al rigorismo de la disciplina militar, esos doscientos cuarenta revolucionarios capitaneados por Dominguez, dieron vida al batallon 1º de infanteria de nuestra gran revolucion y fueron irrefragable testimonio de que la energía viril del ciudadano puede aletargarse en los grandes insomnios de la política en nuestro pais, pero no muere, porque renace con más ardorosas manifestaciones cuando apenas el aguijon de la ofensa alcanza á rozar la dignidad cívica que se traduce en violentas explosiones de patriotismo.

X

La bandera revolucionaria estaba tejida y la fuerza estaba hecha, porque simultáneamente con Dominguez, trabajaron Octavio Ramirez, Amilivia, José Visillac, Juan P. Salvañach, Juan F. Mena,—el bravo entre los bravos,—Laudelino Cortés, Julian Uran, Juan M. Puentes y otros adictos de la Revolucion que tambien llevaron á su lado á una parte de la juventud del dia.

Y aquí debo hacer, mi amigo estimado, una observacion que tiene su importancia significativa....

Es error* y *error grande suponer que todo el elemento jóven

salido á campaña, se agrupase en el batallon «Dominguez.» Fuera de este y en cada colectividad particular de cada jefe, se contaban por numerosas porciones los jóvenes distinguidos de nuestra sociedad.

Amilivia llevaba una legion ilustrada—Ramirez, otra.

Y vaya una nueva rectificacion transitoria.

Ha existido ó existe la preocupacion vulgar de que en el ejército revolucionario figuraron grandes números de soldados extranjeros y *ésta creencia es completamente incierta.*

Con prescindencia de unos cuarenta tiradores enganchados que constituian compañia agregada al batallon del comandante Ramirez y fuera de un grupo escaso de correntinos que escoltaban al general Arredondo, LOS REVOLUCIONARIOS FUERON ORIENTALES, EXPONTANEAMENTE INCLINADOS A APOYAR LOS PROPOSITOS DEL MOVIMIENTO COLECTIVO.

Reanudando el párrafo interrumpido, repito que la bandera revolucionaria estaba tejida y hecha la fuerza que debia actuar en el teatro de los sucesos.

Ibamos á dejar á Buenos Aires con su atmósfera pesada, con su volcánico movimiento comercial, con sus calles y sus palacios y sus luchas políticas desgraciadas, con la imposicion de la fuerza prepotente—y los que ayer sufrian las amarguras del ostracismo, los dolores físicos producidos por el ejercicio de las armas y el hambre de la miseria, cambiaban su faz mústia y grave por la alegre sonrisa del satisfecho que siente la conciencia del deber cumplido y siente la fuerza que ha de alentarlo para consumar el supremo sacrificio: la entrega de la vida en el campo de la pelea....

XI

Es casi inoficioso que aqui me detenga á describir las agitaciones del embarque y los incidentes vários que ocurren en actos de esta naturaleza.

Vd. y los que me dispensen su atencion, se los imaginarán, figurándose las emociones que pueden experimentarse cuando se dá el primer paso en vía de realizar un pensamiento grande...

....

XII

Estamos en Entre-Rios. Sobre un terreno plano cuyos límites se cofunden á la vista con las líneas del horizonte, tendíase el primer campamento de las fuerzas revolucionarias y daba comienzo la sucesion no interrumpida de incidentes en que era actor mudo el General Arredondo y partes mudas tambien los soldados sometidos al imperio de sus órdenes.

El clima provincial, caluroso con exceso durante el dia, se hacia frio y húmedo con exceso tambien durante las noches y las diarias madrugadas.

Contra las travesuras del tiempo, habia resguardos invulnerables.

La prevision del General en Jefe, suministró sinó á todos, á una gran parte de los miembros del ejército, carpas de campaña destinadas á prestar servicios importantes.

Causa de nuestras sucesivas marchas y estaciones en el suelo de la provincia, fué la organizacion é incorporacion definitiva de las fuerzas revolucionarias.

Sobre el primer punto, ya me detentré en un parágrafo especial. Mientras tanto, oiga la historia de nuestras calamidades.

XIII

Podria detallarla circunstanciadamente, utilizando datos y apuntes explícitos que conservo en mi poder y violando la pro-

piedad de otros que han llenado ya las columnas de la prensa pero esta tarea, sobre pesada y de interés nímio para el lector, me conduciría á ampliaciones demasiado estensas que harian interminable esta carta.

He de limitarme, pues, á apuntarle los rasgos mas especiales de esas miserias, que entrañan una alta significacion de moral política halagadora de la conciencia de cada uno de los ciudadanos que asistieron á la prueba del patriotismo y mas halagadora aún de los entusiasmos de aquellos que como usted, con fé profunda en las virtudes de sus compatriotas honrados, vislumbran en los oscuros horizontes de la Pátria una aurora de resplandores que iluminando las inteligencias, libertándolas de preocupaciones extraviadas y sustrayéndolas al culto errado de *dioses antiguos* y de dogmas de sangre que salpica las páginas de nuestra historia, ha de señalarnos el camino de nuestra generacion político-social en el futuro.

La resignacion ante el mal, movida por patriotismo, es virtud cívica.

Los revolucionarios han sido virtuosos.

Desaparecian las regalias del bufete y nacian las molestias del piso duro y húmedo en el campo y no se contristaba por esto el espíritu de nuestros soldados. Mas bien parecia que cada uno de ellos, con una alegre y permanente sonrisa dibujada en los lábios, quisiese revelar á sus jefes, á sus compañeros, *á la idea revolucionaria*, que entre estas comodidades incomparables surgía una compensacion de íntimo placer á que seguramente nadie habria renunciado para cambiar por las regalias del bufete, las molestias del piso duro y húmedo del campo.

La cama revolucionaria, fué siempre el recado tradicional de nuestros gauchos del pasado.

Jergas y carona fueron colchones, y almohada, los bastos pajizos ó de cuero condenados á permanente contacto con el lomo muchas veces enfermizo de nuestros pobres caballos.

Nadie profería una queja. La lana y los alambres del lecho

montevideano—no valian nuestra cama improvisada sobre piso natural y bajo techo mas puro que cieloraso: el cielo de las estrellas.

¿Valia acaso la comida del hogar lo que nuestro entrecrudo y cocido asado del campamento, preparado al fuego de leñas caidas ó arrancadas á los árboles salvajes de un monte espeso, espeso como la atmósfera que respiramos?

Si es posible, sin revelarse contra el cariño que nace desde la cuna, establecer tan singular pregunta—yo le contesto, mi amigo estimado, que la carne sin condimentos, en estado puro, desprovista de la indispensable *sal*, compuesto tan inocente como necesario *al gusto*, fué buena.—*Nuestras comidas eran el banquete de la Patria.*—Hé ahí por qué sus platos parecian delicados.

No suponga despues de esto, que la comida fué objeto de nuestro culto diario.—A pesar de la abundancia de ganados que pueblan á Entre-Rios, mas de una vez recorrió el minutero del reloj 36 horas sin que desapareciera el hambre desarrollado crecientemente á favor de fatigosas jornadas y de las lluvias récias que solian sorprendernos ginetes en anémicos corceles, siguiendo á duras penas el paso acompasado, lento é invariable del General Arredondo siempre seco, frio y mudo á la cabeza de la columna revolucionaria.

No era, sin embargo, el hambre nuestro mayor enemigo en las fronteras argentinas.—Fuera de él, de cuya severidad implacable pueden todos dar elocuente testimonio, teníamos otro que á veces y veces repetidas con frecuencia desgraciada se nos presentaba invencible: la sed.

El suelo de las provincias recorridas se caratériza por su configuracion estendidamente llana. Ni una sola aspereza, ni una elevacion de tierra que nos recordara nuestras cuchillas caprichosas, nuestros montes altos, nuestras tierras de aspecto indefinible ante las leyes geométricas; nada. Cielo y tierra: un horizonte permanente que huia siempre de nosotros á medida que se avanzaba—he ahí esa campaña.

Resulta claro de aquí que rios, arroyos y lagunas fueron cosa de lujo ante nuestras necesidades pocas veces satisfechas con las comodidades deseadas.

Los bañados múltiples con que tropezabamos y una que otra laguna perdida entre los misterios del campo—he ahí los únicos caudales de agua de que pudimos disponer.

Tiene Vd., así, que si líquidos claros bebíamos ahora, mas luego un charco nos brindaba su agua estancada, con olores poco perfumados, con color fúnebre por lo negro y sabor.... sabor malo.

En tanto las marchas se hacían contínuas bajo el imperio de un sol abrasador que por concepcion imaginativa traia á la memoria el sol del Ecuador con sus rayos infernales.

Basta ya de miserias! Agrego todavia á la lista de pasadas calamidades, el rocío de las mañanas que mas de una vez supo molestarnos con sus persecuciones insensatas y agregaria tambien los grandes sufrimientos de la travesía en vapores desde Buenos Aires, si por informaciones ya públicas no fuesen por todos conocidos.

XIV

El espíritu de los soldados revolucionarios, dígolo para honor de ellos mismos, no decayó un solo momento en médio de tanta y tanta amargura como venian soportando. El hambre en el campamento no fué hambre, la sed no fué sed. Faltaba carne, agua, yerba, tabaco y ropa; y todos, sin embargo fueron ricos y felices. La alegria se pintaba en los rostros; la satisfaccion se llevaba en el alma.

Permítame citarle aquí, aunque con ello divague un momento, un hecho que recuerda mi infiel memoria y que atestigua la verdad de la afirmacion anterior.

Corria el 6 de Marzo. A las 12 del dia próximamente salia la columna de un paraje conocido bajo el nombre de «Puntas de

Montiel». El cielo, apenas se habia iniciado la marcha, vistió nubes espesas, precursoras de una tempestad siniestra.

Pocos momentos mas y se habia desatado en el espacio una lluvia torrencial, desbordante de agua con mezcla de huracan y relámpagos continuados y truenos preñados de explosiones eléctricas.

Llegaron las cinco de la tarde. Los soldados, mojados, sin ropas que sustituyesen las puestas, sin comer, fatigados con la marcha, se acostaron hasta nacer el nuevo dia 7 en que los centros de poblacion festejaban las decadentes Carnestolendas.

Sol, mucho sol brindó la Naturaleza. Las ropas se secaban, mientras imperaban la desnudez y el hambre y *los muchachos, esos sublimes muchachos á quienes Vd. profesa tanto cariño, simulaban voces de máscaras y dejaban escapar de sus lábios, en broma alegre, el nombre de algun ser querido que un año atras fué su compañera de baile en los salones aristocráticos del Club Uruguay.*

Llega la noche y una órden severa del General Arredondo, concluye con la mascarada que tambien tuvo algun aficionado entusiasta á quien no faltó *una cáscara de sandía* para improvisar una careta que en el campo puede suplir el raso ó la seda de las mercerías de la ciudad.

No es cierto que el espíritu de los soldados revolucionarios no decaia ante los desastres de la miseria?

José Pedro Ramirez, oyó un dia la Leyenda Patria, recitada por Zorrilla en fraternal banquete y proclamó que *con cantores de ese temple la Pátria no puede permanecer eternamente esclavizada.*

Parodiándole nosotros ahora, podemos exclamar tambien *que con soldados de ese temple, el porvenir de la Patria está asegurado.*

XV

Segun resulta del párrafo anterior, deberia ocuparme aquí de lo que se refiere á la organizacion del ejército revolucionario; pero al resolver la publicacion de esta carta en las páginas de un folleto, opto por reservar opiniones individuales que pudieran ser explotadas como arma de ataque por los que no han simpatizado con la noble causa de la revolucion.

El general Arredondo, desgraciado en su empresa, merece el respeto del silencio.

A su favor, desde luego, me apresuro á reconocerle dos cualidades incontrovertibles: honradez de carácter y valor y serenidad indomables en los momentos mas críticos del peligro.

A este respecto, puedo citarle dos hechos que le abonan incuestionablemente.

El 30 de Marzo, mientras nuestras fuerzas se batian encarnizadamente con los soldados de los coroneles Villar y Arribio presenciàba el General Arredondo la lucha desde lo alto de una cuchilla.

Le rodeaban los señores Garzon, Marquez, Bustos, Gonzalo, José Pedro y Cárlos Maria Ramirez, el coronel Rodriguez, Lecot y algunos otros que no me es posible recordar ahora.

Mas lejos, en otro grupo, formaban el coronel Martinez, Emilio Córdoba y un asistente suyo.

La permanencia en aquel sitio iba haciéndose insostenible por la cantidad de balas que se cruzaban y en momentos en que el general Arredondo parecia dispuesto á retirarse, se volvió distraidamente á nosotros y de sus labios escuchamos estas palabras: «Que me preparen carne. Tengo hambre»

Rasgo elocuente de serenidad tranquila!

El dia 31 á poco que habia empezado á funcionar la artille-

ría enemiga pasó sobre la columna una bala de cañon y estalló á corta distancia suya picando sobre una carreta.

Volvió el General Arredondo la cabeza y dirigiendose á un grupo de amigos que á la sazon marchaban á su lado, exclamó: ¡Qué buena punteria! Le vi enseguida continuar impasible su marcha!

Dice bien Eugenio Garzon cuando afirma que parece que el General Arredondo buscara la muerte en el campo de batalla.

XVI

Escribiendo á vuela pluma, no he mantenido órden riguroso de exposicion hasta aquí. Sea disimulado esto, mientras retrocedo y encuentro de nuevo al ejército acampado en la Laguna Negra de Corrientes.

Fuera de las emociones alternativas sufridas durante las consecutivas marchas hasta alcanzar este sitio y que se hacian consistir en anuncios de gruesas incorporacienes de tropa que luego desaparecian para dejar en pié la evidencia de una ilusion perdida, estábanos reservada una mas grande todavia que acongojaba severamente el espíritu.

El envío de fuerzas militares comisionadas por el Gobierno Argentino para disolver las fuerzas revolucionarias en atencion á las constantes y categóricas reclamaciones diplomáticas del Gobierno Oriental—envío proclamado por la prensa antirevolucionaria de Buenos Aires y predicho por la local de Entre-Rios, amen de ofrecido por el Ministro de Relaciones Exteriores de aquella República al Plenipotenciario uruguayo se habia convertido en realidad.

El coronel Bernal era el comisionado para hacer efectiva esa promesa y su presencia en el Mocoretá, á corta distancia de nuestro campamento cuando aún no estaba señalada la fecha en que debia verificarse la invasion armada al territorio

oriental, hacia temer con fundadísimas sospechas que el castillo de guerra levantado sobre el pedestal de tanta abnegacion y de tanto sacrificio, se desmoronaria si la apatia del General Arredondo no experimentaba de inmediato un vivo sacudimiento que trajese como resultado la realizacion tambien inmediata de los propósitos que alli nos habian congregado, frente y muy próximos á las fronteras de la Patria.

En esta situacion alarmante, surge todavia una cuestion mas grave por su trascendencia dada aquella situacion excepcionalísima que se habia creado y por su importancia para la causa á cuyo sosten y defensa consagrábamos nuestros esfuerzos.

Alguien, los hombres, las conveniencias, el destino ingrato ó los cálculos politicos sugirieron la diabólica idea.

No quiero yo averiguarlo; pero es lo cierto que en conferencias repetidas se discutia á quién habia de corresponderle el generalato en jefe de las fuerzas revolucionarias: si al General Arredondo, como se habia pactado en Buenos Aires, ó al General Castro, como se pretendia en la Laguna Negra.

Resultado de este conflicto de última hora: que el mando de las operaciones de la guerra en el Norte de la República pertenecia al General Castro, y el mando de las operaciones al Sud, al General Arredondo.

Y aquí tiene Vd. una nueva y violenta situacion de sus compañeros de causa; y aquí tiene Vd. un nuevo periodo atravesado por el elemento revolucionario caido mas tarde en las Puntas de Soto.

Rómpase la unidad táctica, rómpase la unidad estratégica en un ejército y surgirá enseguida la derrota.

Rómpase la unidad de accion, rómpase la unidad de mando en un ejército y se producirán enseguida el desórden, las divisiones, el desbarajuste, la ruina y la caida.

Bajo esta nueva faz y bajo estos auspicios desconsoladores que entristecian profundamente un ejército cansado por la fatiga, desmoralizado por falta de organizacion, desencantado

por el retraimiento absoluto de su jefe, se presentaba entonces nuestra cruzada reaccionaria.

Nadie pretendió discutir ni sostener—á fuer de verídico se lo afirmo—que uno ú otro General ofreciese mas garantias ni mejores resultados positivos. La juventud Oriental habia concebido un ideal alto, tenia un propósito grandioso, profesaba un principio político elevado y la individualidad del Jefe de ese principio, de ese propósito y de ese ideal, nada le significaba mientras por minutos se resolviese la hora de la partida y llegase el momento ansiado de la invasion prometida.

El cañon del fusil revolucionario estaba abocado al pecho enemigo. Fuera méngua y cobardía retirarlo. Castro valia Arredondo, Arredondo valía Castro. Ambos unidos, desunidos ambos eran la misma cosa. El sacrificio estaba en perspectiva. Abrazarse de la muerte, salvando el honor ¿qué importaba?

Esta era la idea predominante en el ejército de los bravos.

¿Nó es cierto que la juventud uruguaya, se mostraba altiva, digna y honrada?

Va usted viendo que tengo razon y razon sobrada, cuando me propongo reivindicar para ella toda, toda la gloria que apareja el martirio sancionado en el Quebracho y en las Puntas de Soto del heróico Paysandú.

....

Hago aquí un nuevo aparte.

Tengo interés, vivísimo interés en alejar del ánimo de cada lector la creencia de que una predisposicion cualquiera del espíritu, pudiera ejercer en mi bastante influencia para inclinarme á fustigar al general Arredondo, con el criterio particularísimo del que vé perdidas sus ilusiones mas caras, sepultadas bajo los escombros de un imponente desastre.

Solo conseguiré el objeto de mi carta, si me sobrepongo á ese criterio para hablar con uno mas alto, el de la verdad absoluta y fria de entusiasmos infecundos y de apasionamientos desprovistos de razon.

La personalidad del General don Enrique Castro, colocada

al frente del movimiento reaccionario y en las fronteras del Norte donde es mayor su prestigio como militar y caudillo, debió ofrecer alguna garantia *á las conveniencias politicas* ó al triunfo de la revolucion, cuando se juzgó que no era antipatriótico privar al General Arredondo el mando único del ejército para dividirlo con él, en el teatro de la guerra.

La conferencia celebrada en la estacion «Naranjito» mientras para los soldados pasaba desapercibido incidente de tan magna importancia, de cuya solucion tal vez pudiera depender su destino, así lo revela al menos.

Buscando ahora todos los antecedentes favorables para el General Arredondo, ante esta faz nueva de la cruzada que le contó como su jefe, ocúrrese observar que su espíritu, tranquilo por los propósitos que le animaron á dirijir la revolucion y preocupado ánte las responsabilidades que le aparejaba su cargo grave y delicado, debió experímentar extrañísimas impresiones en presencia de la cuestion que surgia, allí donde todas las opiniones debieran haber fraternizado, sin provocar una disension de carácter tan íntimo que en último término, si no revelase otra cosa, acabaria por revelar la ausencia de la unidad revolucionaria ó el divorcio de las opiniones *primas* que siempre conducen, por camino mas ó menos largo, á resultados fatalmente negativos.

La Revolucioon si se me permite la frase, fué un contrato celebrado entre el Comité Revolucionario, el Jefe Revolucionario y el cuerpo de soldados revolucionarios

La conferencia del «Naranjito» rompió las cláusulas de ese contrato, pues si en Buenos Aires se pactó que el general Arredondo *era la unidad de mando* en el ejército de la juventud, esa conferencia resolvia *que no habia unidad de mando,* dando al general Castro una intervencion material y directa que se presentaba como cosa nueva é inesperada en el movimiento revolucionario.

En este concepto ¿podian exigirse del General Arredondo, los mismos eutusiasmos, si se empezaba por dividirle su base

de accion y entorpecerle su programa de operaciones de guerra que hasta ese momento y aún hasta hoy, fué un secreto para todos?

La conciencia pública, á cuyo dominio no ha escapado este incidente que nació á última hora en el territorio Argentino, forma en estos momentos comentarios caprichosos á su respecto y crea así una situacion indefinida, cuyos misterios podrian desaparecer si el General Arredondo levantase su voz para esplicar las causas que lo motivaron, los propósitos que se persiguieron y la influencia que ejerció directamente sobre su ánimo, obligándole á acceder à la exigencia formulada contra sus propios deseos y contra los propósitos de que venia animado.

Brotaría así la luz y tal vez el General Arredondo, sobre cuya actitud se corren hoy versiones tan contradictorias, lograse operar un fenómeno que cabe en los límites de lo posible:

Cambiar la censura por el aplauso.

....

XVII

Sigo exponiendo hechos.

Viva la República Oriental! Viva la Revolucion! atronaron los aires en la tarde del 27 de Marzo, mientras la columna del ejército marchaba hasta la estacion «Naranjito» á tomar el Ferro-Carril que debia conducirla á Concordia.

Con viaje fatigoso y pesado llegamos al destino en la madrugada del 28.

Arriba al puerto el *Júpiter* y se toma por asalto.—Llega el *Leda* y pertenece á las fuerzas revolucionarias.—El vapor *Comercio* pasa á ser remolcado y ya estamos en camino de la Pátria á bajar en Guaviyú.

Se necesitaba en la travesía del Rio Uruguay el bautismo de fuego y el vâporcito *Guarda* del Gobierno lo suministró.— Cambiáronse las balas por breves momentos con el *Júpiter* y le vimos huir, guareciéndose en un riacho que burlaba el alcance de nuestros remingtons.

La cañonera *General Suarez* intentó sustituir la accion estéril del *Guarda*.

Mientras Guaviyú presenciaba el desembarque de la tropa *consciente* y *pensadora*, «*Suarez*» se estaciona á corta distancia de nuestros vapores.

Saltan á tierra Octavio Ramirez con su batallon; le sigue Pablo Ordoñez con su gente y abandona el rio, Mena el valiente, con su valiente escuadron.

Nosotros á bordo escuchamos el estampido de las balas.— La lucha del honor estaba empeñada.—Mena batia las fuerzas de caballeria del Mayor de los Santos.

Nace nuestra angustia. Las fuerzas de Amilivia y de Dominguez quedan á bordo del vapor *Comercio*. El *Leda* suelta el cabo de remolque y nos abandonaba. La *Tactique* amenazaba fuego.

Oyense unos gritos. El coronel Martinez, Arturo Soneira, Cárlos Arrúe, Emilio Córdoba, Leopoldo Scotti, el capitan Gandulfo, Rafael B. Casamayou, apuntan al *Leda*. Gira este sobre sí mismo, escapan sus tripulantes á una muerte segura. Saltamos sobre cubierta y entonces surge la personalidad de Bernabé Martinez.

Revólver en mano, alienta á los revolucionarios. Habla, se enfurece. Todo lo precipita.

Escúchase el primer disparo de la cañonera y no se siente rodar la bala.

La gente desembarca y Rufino Dominguez y los coroneles Amilivia y Visillac piden vénia para saltar al abordaje de la *General Suarez*. Se les niega.

Ya estamos en tierra.

XVIII

Creerá usted que no puedo describirle las grandes emociones que esperimentamos en aquellos momentos supremos?

Es dulce morir por la Pátria. No le digo mas.

XIX

Apenas tomamos posesion *á título de dueños* de la costa querida y cuando la noche nos velaba con sus sombras, el vapor «Fortuna» rompió sobre nosotros sus fuegos de metralla.

Nuestro infortunio parecía escrito.

Se dispersa la gente, se rehace y todos corren á la costa.

La singular batalla se empeña.—Muere el teniente Zeballos y caen unos pocos soldados heridos.

El *Fortuna* se retiró..................................

....

XX

Como si no bastasen las desdichas pasadas, el tremendo designio de la fatalidad quiso reservarnos un acontecimiento tan inaudito como inesperado.

Con hambre, sueño y el enemigo formidable próximo; el ejército revolucionario NO TENIA CABALLOS!

Le faltaba el elemento de la movilidad. Su muerte estaba decretada!

Rufino Dominguez me lo dijo en amistosa conversacion: Tres dias de jornada, compañero, y muere la Revolucion.

Todos lo comprendiamos! Lo sabiamos todos............

....

Supondrá Vd. que aquí desmayó ese espíritu de los soldados, que ya he mencionado repetidamente?

Error, grave error.

La sangre revolucionaria habia bañado el suelo de la Patria y si el ejército de la revolucion no hubiese tenido su bandera enarbolada, esa sangre hermosa derramada nos fortificaba, nos daba aliento para sacar fuerzas de nuestra debilidad y nos gritaba al oido:

Sacrificio! Pátria!

....

Marchamos el dia 29.

El Comandante Mena suministró unos pocos caballos, al precio de su actividad inimitable.

La gente seguia á pié. El sol era abrasador. La bota no podia sufrirse.

Empieza la via-crucis. 300 tiros á la cintura, fusil al hombro, los pies descalzos aguijoneados por las espinas, cansancio inmediato.... Se caminaba con el corazon, segun un bello pensamiento que he leido.

La esperanza de obtener caballos nos halaga. El General Arredondo ordena de súbito la marcha y manda abandonar los recados!!

Los medios de montar, la silla para sentarse, la cama para dormir quedaban tiradas en el campo.

Caminar poco y sin resultados á cambio de un enorme sacrificio, es una operacion ruinosa. El General Arredondo no supo comprenderlo.

Hé ahí la primer derrota del ejército revolucionario!

Buscar carros que los habia, utilizar caballos de los ya adquiridos y cargar el equipo—es lo que debió hacerse.

Dejar desnudo al ejército es lo que riñe hasta con el sentido comun. No soy demasiado severo.

Nadie observa, sin embargo, una palabra. Todos obedecian sin réplica. Las llagas brotaban en los piés, el dolor en el cuerpo; la alegría, repito, se llevaba en el alma.

XXI

Estamos en el dia 30.

Comienza de nuevo la lucha.

Mientras el ejército se disponía á comer, el general Arredondo manda tocar *llamada* y ordena la disposicion de sus tropas.

Se tiende la línea de guerillas, formando por su órden el batallon del comandante Ordoñez y la Legion Italiana mandada por el mayor Costa.

El fuego acrece y se necesita un valiente. Octavio Ramirez rompe los tiros de su tropa y se empeña la batalla.

Figuraba como jefe de nuestra línea Eduardo Vazquez, brillante oficial que yá tenia consolidada su reputacion en la guerra de la triple alianza contra el Paraguay.

La fuerza enemiga en tanto, no aparecía á la vista de nuestros soldados, parapetada tras las lomas de las cuchillas que las protegian.

Salen mas tarde sus guerrillas y abandonan luego el campo. Las balas revolucionarias castigaron sus filas.

Nuevas guerrillas aparecen ante nosotros; se hace un nuevo esfuerzo y se obtiene el mismo resultado.

Córrese entonces el enemigo á la izquierda de nuestra tropa. Su propósito era evidente. Queria descubrir el número de nuestra gente. El Coronel Vazquez lo comprende y mientras la infantería y las caballerías del Gobierno verifica-

ban su operacion, los revolucionarios se extendian á la derecha y dominaban sus marchas con fuegos continuados.

Cesa el fuego y luego renace mas vigoroso y fuerte.

Amílivia y Visillac quieren pelear y se les condena á la reserva.

El enemigo se retira y se retira impunemente. Nos faltó la caballeria para coronar el triunfo y cuando llega Mena con su escuadron ya es tarde. Entre los luchadores se habia interpuesto una columna de polvo, signo de la retirada del adversario que puso al galope su caballada.

XXII

La conciencia del ejército estaba satisfecha. La libertad, el Parlamento, la tribuna, la prensa, el sufragio, las intituciones pátrias, en una palabra, tenian sus bravos defensores. Reinaba el contento.

Solo un rostro mústio y sombrío aparecia á nuestra vista y un hombre se manifestaba contrariado.

Eran Francisco Mena y Rufino Dominguez.

Se explica Vd. la razon de sus disgustos?

Exponia el primero sus lamentos por haber llegado tarde á la lucha y el segundo se quejaba porque el batallon mimado de sus cariños *no habia peleado.*

Repítole aquí nuevamente, que el espíritu de nnestros soldados debe juzgarse por estas manifestaciones viriles que se sintetizan en valor crudo y en austero patriotismo.

Forma usted opinion respecto de ellas?

Llegó la noche del 30. Noche de agonia.

La pasamos mal, marchando *con llagas en los piés, valor en el corazon y alegría en el alma.*

Sobre piso verde y mojado, nos acostamos á la una de la mañana. A las dos y cuarto se proseguia la marcha.

XXIII

Las once de la mañana del lúgubre 31, nos sorprendieron comiendo.

Hablábamos de nuestro téma único: la Revolucion; cuando llega la nueva ingrata. El enemigo se aproximaba.

Atencion! mandó el General Arredondo y todos se prepararon.

Marcha! y recomenzaba la via-crucis.

....

Pintarle aquí con los puntos de la pluma el cuadro que ofreció el ejército en aquellos momentos angustiosos, es tarea superior á mis fuerzas, aparte de que toda elocuencia seria débil para trazarlo con el vigor de su majestad imponente.

De él le daré, sin embargo, una idea aproximada.

XXIV

La revolucion estaba en decadencia. Agonizaba en la noche del 30 y debia morir el dia 31.

Creencia encarnada en el espíritu de cada revolucionario, nada tenia del fatalismo musulman. Faltaban los elementos de movilidad; el enemigo grueso y fuerte nos alcanzaba. *La revolucion decaia; tenia que morir!*.........................

Marchábamos en columna y á los flancos formaban nuestros escuadrones de caballeria.

De todos los lábios brotó una exclamacion, robusta de entusiasmo.—Solo se oia gritar:

¡Viva la Revolucion!

Y viva la revolucion! repetia el éco en las puras fronteras de la Patria.

Cómo surgian alli las patrióticas reflexiones,—cómo se sentia cada uno, grande y digno y orgulloso de sus compatriotas!!

Yo miraba la columna y oyendo gritar: ¡viva la revolucion! los soldados me parecian pigmeos levantados á la altura de los gigantes.

..... Suenan las balas enemigas y se cambia el grito: A pelear! á morir! exclamaba el ejército de los bravos.

Y se peleó y se murió.

El comandante Mena rompe los fuegos. El comandante Ordoñez salió á su proteccion. Mena recibe órden de retirarse.

La retaguardia de nuestra columna venia dominada por el fuego enemigo. Lluvia de balas, mas bien.

Continuábamos la marcha en columna cerrada y á proteger nuestra retirada en union de Ordoñez, partieron José Visillac y Octavio Ramirez, dos jefes distinguidos que llevaban consigo la simpatia unánime de todos sus compañeros.

La situacion creada por estas circunstancias se hacia, en sumo, grave é insostenible.

Todos cifraron entónces sus esperanzas en LA TÁCTICA Y LA ESTRATEGIA RENOMBRADAS DEL GENERAL ARREDONDO.

Divisamos los Palmares de San José, un inmenso corral de piedra y una casa que sucesivamente pudieron servirnos de parapeto para evitar el desastre en nuestras filas y tender la línea de batalla.

El Ingeniero Militar del Ejército Revolucionario, se acercó en aquellos momentos decisivos al General en Jefe y le declaró que reconocia aquellos puntos *como el sitio estratégico para empeñar el combate con ventajas favorables.*

Con la rapidez del rayo cundió la noticia en la columna. El ejército esperaba la órden de formar; pero la marcha se proseguía y.... no se formaba.

Pronto llegamos á un callejon bajo, rodeado de cuchillas.

Allí empezó la muerte. La bizarra juventud de Montevideo, se ahogaba en su propia sangre.

En los momentos supremos de la vida y en el campo de la

pelea, si no se pierde la serenidad para ver, se pierde la serenidad para observar.

Por esta razon no puedo informarle de lo que todos hicieron. Solo puedo hablarle de lo que hizo el batallon 1º de Infantería, la llamada *guardia vieja del General Arredondo.*

Serian próximamente la 1 y media de la tarde, cuando se le mandó echar pié á tierra.

Acto contínuo se desplegó en guerrillas, cubriendo la retaguardia del ejército que marchaba incesantemente, hasta llegar á la altura en que formaba el batallon al mando del Comandante Ramirez.

Recórrese este jefe á la izquierda y queda el batallon primero tendido en línea horizontal con las guerrillas enemigas en una extension de dos cuadras y media, con distancias variables de seis pasos de hilera á hilera y de dos pasos de hombre á hombre.

Las guerrillas de reserva convenientemente dispuestas á retaguardia formaban á unos cincuenta metros de distancia. Aquí se encontraba el General Arredondo, siempre sereno, impasible y frio.

Se inicia el fuego—y el batallon «Dominguez» lo soportó mortífero y récio, atacando las filas enemigas con indecible bravura y perdiendo infinidad de soldados en la pelea, soldados de la libertad en aquellos instantes en que el corazon de la República se apretaba con amargas congojas y soldados de la idea, en el futuro de la regeneracion pátria.

....

A las 4 de la tarde las fuerzas físicas iban decayendo. El cansancio dominaba al soldado. La lucha se hacia desesperada. Los generales no estaban en el campo de batalla.

No habia órdenes ni plan de defensa. Las unidades tácticas habian desaparecido!!

El desaliento, recien allí, allí donde no habia generales, ni órden, ni defensa, empezó á manifestarse.

Un momento mas y la dispersion del ejército, no era dudosa. *Faltaron las municiones, mientras el enemigo traia sus fuegos nutridos y ordenados y nos fusilaba por retaguardia y por los flancos de aquellos restos de columna!!*

No caben en la vida momentos *mas últimos*; no habia base para continuar la lucha.

XXV

En este estado de cosas corre el rumor de que se habia levantado bandera de parlamento y mientras el indomable guerrero Bernabé Martinez, caudillo de las causas nobles, intenta suicidarse antes que rendirse, surge la personalidad de nuestro amigo Rufino Dominguez, acreedor hoy á la simpatía unánime de sus conciudadanos.

Tiende su mirada por las filas rotas y sombrías de los soldados revolucionarios y pone su caballo al galope.

A quince cuadras alcanza al General Arredondó, que galopaba tambien. Le pide órdenes y el General le manda entenderse con el veterano de nuestras luchas civiles: el General Castro.

Castro no está en el campo, replica Dominguez, mientras los soldados caian á discrecion. El diálogo termina.

Dominguez regresa al campo y entonces presenciamos un cuadro doloroso.

Sus soldados y algunos de los otros cuerpos del ejército lo rodean y dan vivas entusiastas á la revolucion. Todos piden morir: Juan Cat y Domingo Zamarripa lo proclamaban á grito herido. Otros como Villar, niño valeroso, ponen fin á su vida.

Espectáculo imponente!

....

El periodo de funcionar las caballerías enemigas habia llegado.

Escalonadas, con sable en mano, estaban prestas para el ataque.

Intentar la resistencia, habria sido un crímen, me ha dicho Dominguez.

Un enemigo se acerca á nosotros.

Era el capitan Salari.

Llega; habla de la inutilidad de esa misma resistencia y protestando fraternidad, se estrecha en un abrazo con Rufino Dominguez.

Un momento mas y este se aproxima al coronel Villar en la línea enemiga. Pide garantías y la rendicion se verifica.

XXVI

Nunca he experimentado, mi estimado amigo, mayor dolor que en aquellas horas ingratas.

No me rendí prisionero. Salí del campo y á una legua de lo que fué tumba de nuestro ejército—encontré á Mena, *herido, llorando por la libertad de su patria é invitando á la pelea!*

Dos lágrimas rodaron por mis mejillas y caí sin fuerzas, en la falda de una cuchilla, mientras el caballo que montaba, exhalaba el postrer suspiro de su agonía.

No sé lo que sucedió despues.

XXVII

Ahogaré aquí las explosiones del espíritu que, aunque van calmándose, tienen todavia sus manifestaciones intermitentes.

Por educacion, siento respeto en presencia de la desgracia que abruma al General Arredondo; pero por patriotismo admiro el hermoso sacrificio realizado en las Puntas de Soto y aún cuando alguien piense lo contrario, segun en la prensa, ya se

ha menifestado, prefiero renunciar al primero ántes que dejar al segundo sin la reivindicacion de la gloria que apareja en favor de la juventud oriental.

....

La jornada del 31 de Marzo, señalará siempre en la historia de nuestros grandes cataclismos políticos, una fecha ínmortal que, como Vd. mísmo lo ha dicho, simboliza el honor de dos generaciones.

El credo politico del presente que palpita en todos los corazones honrados y bulle en todas las honradas cabezas, tuvo allí celosos defensores que tenian de nuestros legendarios del pasado su bravura característica y de nuestros bravos del dia, la resignacion espartana ante el funerario espectáculo de la muerte.

Porqué no se tendió entonces la linea de batalla? preguntará alguien.

Dos cosas: ó los Generales Arredondo y Castro creyeron, con ó sin fundamento, que los elementos constituyentes del ejército no bastaban para conseguir el triunfo—ó creyeron que de todos modos el sacrificio habria de realizarse y lo realizaron.

Qué hacer entonces?

Dos cosas tambien: O se luchaba y se moria que para morir ó vencer se sale à los campos de batalla,—ó se aceptaba la desgracia con su sentencia severa ó se transaba con las fuerzas enemigas.

Vale mas una capitulacion honrosa que una vergonzosa d.rrota.

....

Un ejército audaz, bizarro, valiente, que pide morir por sus ideas y por sus convicciones ¿merece caer herido por la espalda? Merece quedar entregado á la desorganizacion, al desaliento y á las balas enemigas?

....

Está reivindicada para él la gloria de la jornada que terminó en las Puntas de Soto?

Las generaciones pasadas necesitaban el caudillo y el gaucho de la campaña para las obras de su patriotismo.

La generacion que se levanta, se basta á sí misma para conquistar al precio de su sangre, la libertad de la Pátria.

. . . .

XXVIII

Está vencida la revolucion.

La juventud oriental, sintió ánsias de vida libre y fué á comprarla con las balas de la guerra.

El sacrificio le esperó en el Quebracho y en las Puntas de Soto, y el sacrificio fué aceptado con resignacion espartana, con grande y sublime abnegacion de patriotismo.

No soy yo quien lo dice. Es el mismo enemigo combatido quien lo proclama con la palabra oficial en los partes del combate y sus Mensajes al Cuerpo Legislativo.

Por eso, doctor Pena, ha de sobrarnos razon cada vez que con referencia al movimiento revolucionrio, invoquemos la frase antigua: «Todo se ha perdido, menos el honor.»

XXIX

La revolucion fué grande por la causa que la engendró, más grande todavía por las fuerzas que contribuyeron á su desarrollo, y mucho más grande aún por los efectos morales y políticos que puede reportar para el país, aún despues de su derrota definitiva.

Las perturbaciones sociales que dimanan de fuente política, engendran los movimientos reaccionarios, y mientras en nuestro pais esos movimientos se caracterizaron siempre en cincuenta y seis años de luchas consecutivas, como explosiones de patriotismo que llevaban por enseña la divisa simbólica de un partido tradicional; el que acaba de sucumbir, habia proclamado desde sus comienzos un principio más alto: la confraternidad de todos los orientales en el ideal comun.

Las divisiones añejas que constituyen la historia del pasado turbulento y *el ódio de color* que dividia los elementos de accion fomentando círculos rivales y manteniendo caudillos en brazos de idolatrias insensatas, fueron renunciadas.

Quedará honrada la Revolucion, si en su tumba se graba esta inscripcion patriótica:

«La Pátria, es el partido de la juventud Uruguaya.»

XXX

Ni una palabra más.

Veneremos la sombra de los muertos.

Soy su amigo afmo.,

PEDRO B. CASAMAYOU.

P. D. Ya que esta carta sube de los honores de la publicidad á las páginas de un folleto, deseo consagrar un recuerdo permanente de simpatía en favor de los jefes que guiaron á la juventud en su cruzada reaccionaria, acompañándola de los

datos biográficos que constituyen las fojas de sus servicios en la honrosa carrera de las armas.

Ellos tambien son dignos; con ellos deben partirse los honores de la jornada, ya que en el gran triunfo moral que acaba de obtenerse, les correspónde activa y directa participacion patriótica.

JEFES REVOLUCIONARIOS

BERNABÉ MARTINEZ

Si hay séres predestinados en el mundo, Martinez es uno de ellos. Nació para ser soldado.

Al escribir su nombre; se escribe un poema de valor y una página de arte militar.

Pocos oficiales distinguidos como él, cuentan nuestros ejércitos americanoss: surgidos algunos de la improvisacion, formados otros lejos del estampido de las balas y el humo de la pólvora en los combates crueles de la guerra.

Ser militar, fué su vocacion y desde temprana edad abrazó la carrera que tantos láuros habia de brindarle en el camino de su vida.

Chileno de nacimiento, Martinez, como soldado, tuvo siempre una Pátria más ámplia que el suelo natal: la Pátria de la libertad y de la democrácia.

De ahí que cada vez que la República Argentina, donde ha fijado su residencia desde hace veintisiete años, sintiera alguna de esas conmociones políticas que trastornan el juego armónico de las instituciones libres, el Coronel Martinez—

consecuente con los severos principios de su educacion correcta como hombre, y consecuente asimismo con la austeridad militar á que ha rendido culto celoso en su vida—tuviese siempre preparado su brazo y presta su espada para luchar á la sombra del derecho y de la justicia, en jaque con el atentado y el despotismo.

Jamás puso precio á su sacrificio. Por eso, tal vez, la sociedad de Buenos Aires le cuenta hoy entre sus miembros más queridos, respetado por los hombres de valor que admiran en él al prototipo de la abnegacion, y vivamente apreciado por la juventud argentina que, revolucionaria en 1880, le tuvo como jefe en las jornadas de Junio y fué por él conducida á la victoria en el memorable combate del «Puente de Alsina.»

La historia de sus campañas en la República hermana, arranca desde 1862 y de esa fecha nace tambien su foja de servicios que en su honor transcribimos íntegra.

Dice así:

CAMPAÑAS Y ACCIONES DE GUERRA EN QUE SE HA HALLADO

« En Febrero de 1862, viajaba el hoy Teniente Coronel Mar-
» tinez con una tropa de carretas y siendo amenazada la po-
» blacion de la Cruz Alta con sus peones, DEFENDIÓ HERÓICA-
» MENTE este punto, salvando las familias é intereses amena-
» zados por los indios invasores, *que eran en número crecido*.
» *Batalla de las Playas*—Contra las fuerzas del caudillo Pe-
» ñaloza—18 de Junio de 1863—Concurrió don Bernabé Mar-
» tinez, oficial de Guardias Nacionales, en calidad de Ayudan-
» te de Campo del señor General en Jefe don Wenceslao
» Paunero, cumpliendo en esta jornada con actividad, valor é
» inteligencia las comisiones que se le confiaron durante el
» combate.
» *Campaña del Paraguay*—Sirvió en el batallon Santa-Fé,
» desde el 7 de Mayo de 1865 hasta el 2 de Noviembre del

» mismo año en que hallándose amenazada la República de » Chile, su país natal, por la escuadra española, solicitó y ob- » tuvo su separacion del ejército argentino para concurrir á » la defensa de su país (como lo hizo y ha justificado que se » encóntró en el combate de Abtao, POR LO QUE FUÉ CONDE- » CORADO CON UNA MEDALLA)

« Durante permaneció en el ejército argentino, asistió al » sitio y toma por rendicion de las tropas paraguayas que » estaban en la Uruguayana, territorio brasilero, por lo que » disfruta DE UNA MEDALLA DE PLATA CONMEMORATIVA ACOR- » DADA POR SU MAGESTAD EL EMPERADOR DEL BRASIL DON » PEDRO II.

» *Campaña del interior*—Desde el 1.° de Octubre de 1866 » hasta el 23 de Abril de 1867, como capitan del batallon 7 de » línea, se halló en la batalla de Portezuela en Enero del » mismo año 1867.

» En Abril del mismo año, pasó á las órdenes del señor Ge- » neral don José Miguel Arredondo, en las fronteras Sud y » Sud-Este de Córdoba y Sud de San Luis y Mendoza hasta » Noviembre de 1870 que marchó á la campaña de Entre- » Rios á las órdenes del mismo General y permaneció hasta » queterminó en Abril de 1871.

» *Combate de Jena*—Febrero de 1871—Como Ayudante de » campo del General Arredondo. En las Fronteras de San » Luis y Mendoza continuó hasta el 3 de Octubre de 1873 que » pasó á revistar en la Plana Mayor Disponible, donde per- » manece hasta la fecha en que se organiza esta foja de ser- » vicios.

» Durante el tiempo que estuvo en las fronteras, siempre le » fueron confiadas comisiones de importancia, *las que desem- » peñó á satisfaccion del Superior Gobierno y Jefes inmediatos » superiores, con inteligencia, actividad y honradez* muy princi- » palmente en la última que tuvo en la Provincia de Mendoza, » como Jefe encargado del enganche de plazas para el Ejér- » cito de Línea en ese destino. »

El Teniente Coronel de infantería de línea don José Natalio Romero, encargado por Decreto Superior de fecha 5 de Octubre de 1870 para organizar las fojas de servicio á los señores jefes y oficiales del ejército de línea de la República—Certifica: que la presente ha sido organizada con presencia de documentos fehacientes que ha tenido á la vista y devuelto al interesado. Buenos Aires, Abril 30 de 1874.—Fechada—José N. Romero.—Aprobada, Victorica.

No terminamos aquí los servicios del bravo Coronel Martinez.

La lucha electoral que en 1873 se inició en la República Argentina, dividiendo la opinion pública y provocando íntimas disensiones políticas en el seno de los partidos, no pudo terminar sin derramamiento de sangre.

Se pretendió inaugurar la era de las imposiciones oficiales en las contiendas del sufragio popular, y el pueblo se levantó armado para reivindicar los derechos que le asigna su Constitucion Política.

Martinez estuvo con el pueblo. A las órdenes del General Arredondo, se encontró en la batalla de Santa Rosa que si no ofreció resultado positivo á las aspiraciones nacionales, brindó á la República Argentina un puñado de hechos heróicos que en esa época constituyeron su más noble orgullo.

Emigrado despues en la República Oriental, desapareció del servicio argentino hasta que las elecciones del 80 le señalaron de nuevo su puesto de combate á la cabeza de la juventud de Buenos Aires.

Es aquí donde más descuella la personalidad militar de este jefe distinguido.

Como jefe de una brigada compuesta de los batallones «San Nicolás» y «Dragones» de Buenos Aires, asistió al glorioso hecho de armas, conocido bajo el nombre de «Batalla del Puente de Alsina,» donde alcanzó un triunfo completo derrotando á la division Racedo, á las fuerzas santafesinas y á las divisiones desprendidas de la Chacarita.

Su brillante jornada conservará perpétuo recuerdo.

En el fragor de la batalla, cuando los enemigos se batian encarnizadamente en número de 5.000, su brigada les arrancaba el más hermoso botin de la guerra: una bandera perteneciente al batallon Santa Fé, que aún debe existir en la Casa de Gobierno.

La juventud argentina, ántes del combate, habia obsequiado á su jefe con una medalla popular, simbólica de sus simpatías.

El Coronel Martinez supo honrarla, haciéndose digna de ella y encontrando más tarde una digna recompensa á sus méritos en el grado de Coronel que el Congreso Provincial de Buenos Aires le acordó por unanimidad de votos.

El coronel don José I. Arias, lo ha dicho en carta dirigida al Ministro de Hacienda, entónces don Francisco Balbin:

« El coronel Martinez, fué el héroe en la gloriosa jornada
» del 21 de Junio en el Puente Alsina. »

Y no es sólo este testimonio autorizado que Bernabé Martinez puede invocar como opinion de sus superiores.

En 1865, cuando Chile se vió amenazado por la Armada española, el coronel Martinez que á la sazon figuraba como capitan del batallon «Santafesino», deseando servir á su pátria nativa, solicitó su baja del ejército argentino, y oidos los informes del general Paunero y el comandante Abalos, á cuyas órdenes estaba sometido, el general en jefe de los ejércitos aliados don Bartolomé Mitre, la acordó en los términos siguientes:

« Accédese á la separacion que se solicita, dándole las
» gracias por los recomendables servicios que ha prestado en
» esta campaña en que ha sido condecorado con la medalla
» de Uruguayana y *por los muy importantes que ha hecho an-*
» *teriormente en dos ocasiones muy señaladas para el país;* ele-
» vándose este espediente al Gobierno de la Nacion á fin de
» que sea ajustado y pagado de los sueldos que se le adeu-
» dan y recomendàndolo al mismo tiempo para que se le

» entreguen dos sueldos sin cargo, *como una pequeña mues-*
» *tra del aprecio que han merecido sus servicios* y por vía de
» ayuda de costas para que pueda trasladarse á la República
» de su nacimiento.

» Firmado—*Mitre.*»

....

Desde la exaltacion del general Roca á la Presidencia argentina, el coronel Martinez permaneció alejado del servicio militar, hasta que en 19 de Diciembre de 1885 el Gobierno Nacional, por acto expontáneo, le confirió el grado de Teniente Coronel efectivo, independiente del de Coronel, tambien efectivo, que ántes le concedió la Legislatura de Buenos Aires y del de Teniente Coronel que en 23 de Setiembre de 1878 le acordára el Gobierno de la provincia de Mendoza.

A esa fecha, ya el Coronel Martinez, vinculado al General Arredondo por lazos de parentesco, de amistad y de compañerismo, habia contraido el compromiso de secundarle en la revolucion oriental y solicitó de nuevo su separacion del ejército argentino, renunciando así á la carrera que tantos y tantos sacrificios le habia exigido en veinticuatro años de consecutivos servicios.

Otra vez el Coronel Martinez se presenta como soldado de la libertad.

Todos le hemos visto; le hemos observado y le hemos dispensado nuestra simpatía y nuestro cariño.

Caudillo de la juventud ilustrada de Buenos Aires,—ilustrado tambien por sus estudios—tenia títulos para mandar á la juventud oriental.

Tal vez lo comprendió así el General Arredondo y le nombró Jefe de brigada, de la que formaba parte el Batallon 1.º de Infantería al mando del Comandante Dominguez.

Allí, en las relaciones directas que con ella mantuvo por tal razon, los revolucionarios tuvieron oportunidad de conocerle como hombre culto y educado que, por su suavidad de carác-

ter, atraia las simpatías comunes; mientras que como soldado en el desembarque en Guaviyú y en la jornada luctuosa del 31, donde fué herido y hecho prisionero, se imponía, por su valor indomable, al respeto y á la admiracion de todos.

Las condiciones personales y militares del Coronel Martinez, pueden reducirse sencillamente á estos términos:

Como hombre, es noble y generoso; como soldado, es disciplinado; como guerrero, es valiente hasta llegar á temerario.

GERONIMO AMILIVIA

Soldado distinguido, tuvo desde sus primeros años afeccion decidida por la carrera militar.

Nacido en España en el año 1821 y siendo muy niño, sentó plaza de cadete en el ejército revolucionario carlista alzado contra el reinado de Cristina.

El 30 de Agosto del 34, asistió á la batalla de los célebres campos de Hernani y por su valeroso comportamiento mereció el grado de Sub-Teniente, siendo á la vez condecorado con la Cruz de San Fernando. Por ese tiempo el hoy Coronel Amilivia, alcanzaba los trece años de edad.

Continuando en el servicio de las armas, tomó parte en el asalto de Guetaria en 1836 y conquistó de nuevo el grado de Teniente discernido á favor de su noble bravura.

En 1837, concurrió tambien al asalto de Segovia y adquirió el grado de Capitan efectivo, último con que figuró en los ejércitos españoles.

¡Brillantísima carrera! Grado de Capitan, honrado con la cruz de San Fernando á los diez y seis años de edad!

ACCIONES DE GUERRA EN QUE SE HA ENCONTRADO

5 de Mayo de 1835—En la salida de San Sebastian, donde fallecieron 3000 ingleses enemigos.

Año 1837 - Memorables combates del 10, 11, 12, 13, 14 y 15 de Marzo en que fué herido gravemente, recibiendo en la cara una bala que le atravesó el pescuezo.

Cruzada del general Espartero de San Sebastian para Pamplona.—Peleó dos dias consecutivos.

En Sembrano (orillas del Ebro) asistió al horrendo combate en que el ejército á órdenes de los generales Sariategui y Elio batió á las fuerzas mandadas por el general Varea, compuestas de 7000 portugueses y 4000 españoles vencidos en el campo de la accion.

En Retuerta (Castilla la Vieja). En esta batalla estuvo presente el Rey D Cárlos. Se batieron 25000 carlistas á las órdenes del General Moreno con 40.000 hombres al mando de Espartero. Despues de batirse un dia entero, cada ejército volvió á sus posiciones.

Año 1838.—En el valle de Mena á inmediaciones de Villa Nueva, Castilla la Nueva.

En Guipúzcoa, entre Irun y Fuenterrabia, donde cuatro batallones á las órdenes de Iturriza pelearon contra soldados ingleses y españoles en número de 8000, siendo estos derrotados

En Laredo, provincia de Santander, asistió al combate que lleva su nombre, sirviendo bajo el mando del general Goñi.

Con independencia de estos hechos de armas que tanto honor le reportan, el coronel Amilivia cuenta varias otras campañas entre las que pueden apuntarse la de Vera, la expedicion de Sariategui y Elio, campos de Lerma, Rosas, á la vista de Madrid, campos de Valladolid, Alza, en San Sebastian, Navarra, Lasala (Castilla la Vieja), Oiquina donde al mando de

130 hombres con el capitan Fernandez del ejército español, venció al batallon «Africa», etc., etc.

Hasta aquí alcanza la historia de sus jornadas militares en España, de donde salió á los 21 años de edad para reanudarlas en los campos de esta República.

....

El año 42 salió al servicio de las armas orientales con el grado de Capitan que habia obtenido en España, por reconocimiento que á su favor hizo el General don Manuel Oribe, á cuya campaña concurrió, prestando importantes y desinteresados servicios.

Mas tarde, en la reaccion de Giró, secundó el levantamiento de San José, á las órdenes del general don Diego Lamas.

Utilizando un pequeño y viejo cañon abandonado hacía mucho tiempo en la Jefatura Política de ese Departamento, provocó y obtuvo la rendicion de una parte del batallon «Solsona.»

Mas tarde, presenció la derrota del general Medina, en los campos de San Gregorio, al mando de un piquete que destacó con temeridad, haciendo varios prisioneros.

Reducido despues á prision, el General César Diaz lo desterró al Rosario de Santa-Fé, donde residió hasta la publicacion de su indulto.

En la jornada que terminó en Quinteros, sirvió á las órdenes del General Moreno, al mando de los Guardias Nacionales de San José.

El afamado batallon «Coquimbo» en la guerra de Flores, fué derrotado por las fuerzas de don Silvestre Sienra, de las que formaba tambien parte el bravo Coronel Amilivia.

En el encuentro de estas fuerzas murió el coronel Enciso y se hicieron diez y ocho prisioneros.

En «Don Estéban», con una compañía de su mando y otra del coronel Layera, verificó Amilivia la persecucion del General Castro hasta llegar al Queguay, donde este jefe contó sólo 25 hombres de los 400 que llevaba.

Durante la guerra de Aparicio, asistió á la toma de Mercedes, se halló en la batalla de Ceferino, en Corralitó y en el Estero de Soriano.

El 29 de noviembre—en la Union—fué herido en la pierna izquierda.

Se halló asimismo en la batalla del Sauce, en Manantiales y por último, sirviendo con el General Bastarrica verificó de su sola cuenta la conocida toma de Artigas, donde hizo prisioneros á los enemigos, distinguiéndose por el espiritu de órden, de moralidad y respeto á la propiedad y á la vida, que supo imprimir á las tropas de su dependencia.

....

Tal es, ligeramente recorrida, la página de servicios á que el Coronel Amilivia ha consagrado los mejores años de su vida fatigosa.

Cuando por su ancianidad, alcanzada entre el humo de los combates, parecia indicado para el descanso, le sorprende la revolucion concluida en las Puntas de Soto, y èl, el valiente soldado cubierto de gloria en las campañas de su pátria y en el suelo de esta tierra, de sus grandes cariños, sin temor á las fatigas de la campaña, ofreció generosamente su espada y pidió un puesto de peligro en las filas revolucionarias.

Allí, al mando de una agrupacion de jóvenes distinguidos y entusiastas, el coronel Amilivia reveló las brillantes prendas personales que le adornan.

Afable, cariñoso, valiente en la batalla, sereno ante el peligro, supo inspirar el respeto, la estimacion y la simpatía de que hoy disfruta en el seno de la sociedad oriental.

RUFINO T. DOMINGUEZ

La simpatía general que hoy rodea al Jefe del batallon 1º de Infantería de las fuerzas revolucionarias, excusa las recomendaciones personales en favor de Dominguez, apreciado ya por sus méritos, querido por su valor y aplaudido como miembro activo de la reaccion fracasada.

Jóven todavía y á pesar de hallarse alejado del servicio militar activo desde 1875, tiene tambien su foja de servicios, entre los que cuenta un acto cuya significacion es elocuente y merecería ser atendida y estudiada por los que se consagran á la carrera de las armas en estas repúblicas modernas que viven de la turbulencia, los mejores dias de su nacimiento al régimen de la libertad y de la democrácia.

En el año de 1870, formando parte del batallon denominado «General Pacheco», recorrió toda la campaña de Aparicio hasta la paz de Abríl, asistiendo á las batallas del Sauce, Manantiales, Ceferino, retirada de la sierra de Castellanos, etc.

Terminada la guerra pasó á servir en el 1º. de Cazadores, donde permaneció hasta 1875, alcanzando el grado de Teniente 1º en el ejército.

Decidido por vocacion á la carrera, Dominguez no dispuso del tiempo necesario para formarse en la escuela del soldado.

Los sucesos políticos desarrollados el 10 de Enero de ese año lucutoso, en que fué actor el coronel Latorre y que dieron por resultado la caida del Gobierno constitucional del doctor Ellauri, crearon para él una situacion anormal y especialisima.

Dominguez, como ciudadano, no podia hacerse solidario de los actos despóticos y atentatorios del coronel Latorre, que reñía con las instituciones pátrias y con las libertades nacionales, para sentar sobre el pedestal de la fuerza armada, la dictadura del sable, sobrepuesto á la voluntad popular.

¿Cómo oficial subalterno en el ejército, debia acatamiento y respeto á los mandatos superiores y estaba obligado al sostenimiento del gobierno surgido del motin militar engendrado en la noche sombría de un cuartel?....

Este problema de dignidad cívica, fué dignamente resuelto por Dominguez.

Cuando la conciencia pública, cuando los ciudadanos honrados se estrechaban en las filas de la revolucion tricolor, para reivindicar la honra del país usurpada por el tirano, él, el modesto soldado de la pátria, abandonaba su puesto y suscribía públicamente el manifiesto siguiente:

«Adoptada, despues de pensarlo maduramente, la resolucion que me aleja del cuerpo en cuyas filas vengo prestando servicios desde hace algunos años, siento la necesidad de no llevarla á cabo en silencio á fin de que, respecto á los móviles que me guian cediendo á las inspiraciones del patriotismo, no se abriguen dudas ni por los amigos que dejo, ni por los compatriotas á cuyo lado voy á tomar el fusil del ciudadano.

»Envuelto, como todos mis conciudadanos, en los sucesos políticos que tienen á la República por teatro desde la caida de

la presidencia legal, y habiéndome cabido en mi puesto de oficial del batallon 1º de cazadores al mando del coronel Latorre, participar muy de cerca de los actos militares que tan poderosa como indebidamente han pesado en los acontecimientos políticos, tiempo hace ya que he venido mirando con intranquilidad y con repugnancia el rol que al ciudadano que ciñe una espada en servicio de la pátria le crean los sucesos de la índole de los que se han desarrollado y continúan desarrollándose en mi país.

«La condicion del oficial de honor que aspira á proseguir en su carrera sin mancillar sus galones, y que, debido á la inferioridad de su grado, se vé concurrir maquinal é inconscientemente al desenvolvimiento de sucesos que su conciencia de ciudadano reprueba y condena, siendo impotente para contrariarlos, en una triste condicion á que, por mi parte he resuelto poner término por respeto á la carrera militar, que es la mia, y por respeto á mi mismo que no debo ni quiero por mas tiempo ser un instrumento servil del despotismo que aflige á mi país.

«Bien sé que, interpretando acomodaticiamente, como es costumbre, lo que llamamos deberes militares, disciplina y obediencia y hasta honor militar, mi conducta ha de valerme dicterios y epítetos insultantes. He pensado en ello muy reflexivamente, y para aquellos de los que en Montevideo quedan, jefes y oficiales, que algun reproche me hicieran, yo no tengo mas que decirles sinó que, obrando como obro, obedezco á los dictados de mi conciencia que me hace ser inconciliable con la idea que tengo formada de la pátria y de los deberes que á ella nos ligan, los actos y procederes á que se nos somete equiparándonos á los mercenarios que se nos dan á mandar.

«A los que acusen mi conducta, responderé que si para ser militar en mi pais se me impone el sacrificio de mi ciudadania, —que no otra cosa se pretende con la obediencia pasiva llevada al estremo,—yo, compañeros, rompo mi espada y opto por ser ciudadano.

«Como otros muchos, he podido yo abrigar la esperanza de que el vuelco político del 15 de Enero, una vez producido, se hiciera, no obstante el vicio de su orígen, acatar por el pais, toda vez que se diera á este, en sustitucion del gobierno anterior que en realidad no llenaba sus aspiraciones, una administracion pública que, sino ilustrada y progresista, practicase una política de probidad y conciliacion que transitoriamente lo preparase á la vuelta al órden constitucional.

«He podido creer, vista la docilidad aparente con que el pais recibía el hecho consumado, que, quizá sin un sacudimiento profundo que alterase la paz, pudieran restaurarse las instituciones, y en tal caso no creia llegada la oportunidad de que los ciudadanos en mi posicion tuviesen para que asumir una actitud de resistencia al órden de cosas que aparecia aceptado por la mayoria, sinó por la totalidad de los hijos de la República.

«Pero ni los hombres que se hicieron gobierno el 15 de Enero han sido capaces de desenvolver una política de probidad, de garantías y conciliacion, ni la nacion que yo creia resignada, ha aceptado sin protesta armada, la usurpacion de que se le hiciera víctima.

«Producida la guerra, y no pudiendo dejar de reconocer, porque, por fortuna, es una verdad que se impone, que de un lado está el país corriendo presuroso á las armas y del otro un gobierno que afrenta á la nacion amenazándola de ruina, sin mas poder que el que estribó en un par de mil bayonetas en manos estranjeras, la eleccion para mi entre ambos combatientes está hecha, y voy á ocupar un puesto entre mis conciudadanos, resuelto á dar mi vida en defensa de su dignidad y de su derecho.

«A mis compañeros, cuyas fatigas he compartido hasta ayer, entre los cuales tantos hay que ven torturado su patriotismo en presencia de lo que ocurre en Montevideo, pero que retroceden ante una resolucion como la mia, á esos orientales solo diré que es un error y una deshonra mantenerse en las malas

filas, y que ese error puede llegar á ser un crímen de espiacion más ó ménos tardía, si las armas mercenarias que les obedecen, se descargan sobre el corazon de la juventud nacional agrupada alrededor de la bandera tricolor, simbólica de las glorias de la pátria en mas felices dias.

«Compañeros del ejército reaccionario! Señaladme el puesto de honor y de peligro que, en calidad de simple soldado de guardia nacion al, solicita à vuestro lado,

Rufino T. Dominguez.

Buenos Aires, Octubre 1.° de 1875.»

En estos términos dignos y elevados, se despedia de las filas entonces deshonradas del ejército, el ciudadano austero que renegó patrióticamente de la condicion de esbirro, para convertirse en soldado, en verdadero soldado de la pátria, luchando por la restauracion de sus libertades perdidas.

Ese documento basta para formar un proceso de opinion, del que se desprenderán honores para unos y amargas responsabilidades para otros.

El pretendido honor y la pregonada consecuencia militar que más de una vez han servido de escudo á algunos militares americanos para el logro de sus ambiciones personales, fueron rechazadas por la conciencia de Dominguez.

No hay honor, no hay dignidad militar, donde el soldado abdica de los deberes impuestos por la Patria.

Milicia y virtud, son cosas que se hermanan, vinculándose íntimamente. Desaparezca la segunda y habrá muerto la primera en su significacion honesta, como clase social y en su importancia, como fuerza capaz de concurrir al sostenimiento de la integridad nacional.

A este respecto, Rufino Dominguez tiene opiniones definidas.

En el discurso inaugural que pronunció en los Salones de la Sociedad Universitaria, al hacerse cargo de la clase de Táctica Militar, creada en 1882, se expresaba en estos categóricos términos:

« Si las legiones romanas fueron arrolladas y destruidas
» por las caballerias de Alarico y Atila, fué debido *á la corrup-*
» *cion en que habian caido las virtudes militares del moribundo*
» *Imperio*, porque el heroismo que resplandecía en los patrió-
» ticos esfuerzos de sus antiguos legionarios, constituyendo la
» principal potencia en que se apoya el arte para coronarse
» con el laurel de la victoria, se habia extinguido en los ejér-
» citos imperiales. »

Las virtudes militares tambien cayeron entre nosotros en 1875, y Dominguez presintió que el porvenir de las Legiones Romanas sepultadas bajo el casco del corcel de Atila, se vería reproducido en la Pátria, sepultada bajo la herradura del caballo de Latorre, si los oficiales del ejército le secundaban en el programa de su imposicion despótica.

Por eso, salvó su responsabilidad individual y suscribiendo su honroso manifiesto de Octubre, dió á su ciudadanía la dignidad de que debia hallarse investida, aún en el cargo de oficial de línea que venia desempeñando desde 1870.

Inmediatamente despues partió para Buenos Aires, cuando ya las fuerzas reaccionarias se aprestaban para pisar el suelo de la Pátria.

El puesto de peligro que pedia, lo tuvo en la zumaca *Carolina*.

A su bordo, tomó participacion en el combate con el *Artigas*, mandado por el coronel Courtin.

Fracasada mas tarde la Santa Revolucion, permaneció emigrado en Buenos Aires hasta 1877. Fué despues dado de alta en el ejército, por decreto de amnistía general y regresó al país.

Aquí, Rufino Dominguez reanuda sus estudios universitarios interrumpidos y la juventud que le acompañaba en las áulas,

empieza á hacer prácticas las demostraciones de simpatía que supo conquistar al precio de su patriótica conducta.

Fué llevado á la Presidencia de la Sociedad Universitaria y mas tarde á la Secretaría del Ateneo del Uruguay, foco de ilustracion y de ciencia, último baluarte de libertad en los dias sombríos de la Pátria.

En la cátedra de Táctica, bajo su direccion ilustrada, educó el espíritu de sus alumnos predicando con entusiasmo la necesidad de establecer en nuestro país familiaridad con el Arte Militar, destinado á complementar la educacion cívica del ciudadano.

Cuando se proyectó la Revolucion, Dominguez acarició la idea de que la juventud oriental debia y podia concurrir al movimiento reaccionario, agrupada en una colectividad especial que señalase para el presente y para la historia en el futuro, el esfuerzo del elemento ilustrado del país en la reivindicacion de las libertades públicas.

Ejecutando su pensamiento con la ayuda de algunos compañeros de causa, desplegó su actividad concitando elementos en union de Batlle, Campisteguy, Acosta y otros, é iniciando con ellos la emigracion de los ciudadanos á Buenos Aires.

Allí prosiguió sus trabajos hasta la organizacion definitiva del batallon 1º de Infantería del ejército revolucionario.

Su actitud en la campaña, resulta de la carta dirigida al Dr. Pena. Detallarla de nuevo, sería incurrir en inútiles repeticiones.

JUAN FRANCISCO MENA

Para hacer la apología de sus méritos, nos habria bastado imitar al escritor francés que proclamaba una página en blanco como el mejor autógrafo á consagrarse en memoria del poeta universal, cuya muerte se lamenta aún en el mundo de las letras.

Mena es jóven todavía. Apenas alcanza veintinueve años y su nombre está rodeado de una aureóla de prestigio y ¿por qué no decirlo? cubierto ya con los lauros de la gloria.

No parodiamos á Jorge Ohnet. Preferimos escribir.

....

Corria el año de 1870, cuando el país se vió convulsionado por el levantamiento en armas del General Aparicio.

Por esa época, Mena era un niño. Estaba, sin embargo, desarrollada en él la viva pasion que sintió siempre por la carrera militar y solicitó y obtuvo consentimiento para acompañar á su padre en las vicisitudes de la guerra.

A su lado, asistió al combate de Ceferino y se encontró en la Sierra de Castellanos, presenciando, asimismo, la memorable batalla del Sauce.

Su espíritu guerrero, cobraba indecible altivez en el fragor de la lucha; pero quiso el destino ingrato someterlo á ruda prueba y el 8 de Octubre, jóven sin experiencia todavía, acogió al autor de sus dias, moribundo, en sus brazos.

Grande amargura debió trabajar su corazon, vírgen de dolores, en aquellos instantes supremos de indescriptible desolacion!

Sus abatimientos requerian tranquilidad y á buscarla fué Mena á tierra extraña, abandonado á sus propias fuerzas y á la fortaleza de su carácter viril, para las luchas de la vida.

....

No habia muerto su ideal.

Ser soldado, era su aspiracion única, y sentó plaza de soldado distinguido en el regimiento 8 de Caballería de línea del ejército argentino, á las órdenes del Coronel Alvarez, hoy General de aquella República é Inspector de Caballería.

Permaneció en servicio activo hasta que, por sus disposiciones para la carrera, diariamente reveladas, se hizo acreedor al grado de Sub-teniente que le fué discernido en 29 de Octubre de 1872.

En estas condiciones sirvió hasta el 9 de Diciembre de 1874, dia en que los ejércitos argentinos libraban la gran batalla de Santa Rosa.

Por su bravura en la pelea y por su pericia como militar táctico, fué proclamado TENIENTE 2.° EN EL CAMPO DE BATALLA.

Mena, necesitaba bautizar con sangre sus galones, y ese dia recogió los primeros timbres honrosos de su carrera.

Recibió un hachazo profundo en la parte anteposterior de la cabeza, un puntazo en el muslo, una herida en la mano izquierda, que le interesó los cinco dedos, y otra profunda en la muñeca de dicha mano.

Restablecido de su grave enfermedad, volvió al servicio, destacado siempre en las Pampas argentinas, hasta que reaparece como militar notable el 7 de Diciembre de 1878 en que

obtuvo el grado de Teniente 1.°, por el hecho de armas que enseguida se refiere.

Sirviendo las á órdenes del General Nelson, *con una partida de diez correntinos de su mando*, batió á los indios del desierto empeñando con ellos una lucha encarnizada de la que resultaron 11 indios muertos, 48 de lanza prisioneros y 375 de chusma, habiendo tomado además 1.010 caballos, 1.136 ovejas y 93 cabras.

Tan brillante conquista y su expléndido botin de guerra, nada comun en las campañas americanas, le hicieron acreedor á una órden general del General Nelson, suscrita por él, en que Mena fué proclamado *héroe de la jornada*. La órden general impresa, fué mandada distribuir en todos los fortines de las fronteras argentinas.

El valiente soldado que hoy enorgullece á sus compatriotas orientales, reaparece de nuevo en los combates de Junio que asolaron á Buenos Aires.

Se halló en el puente «Olivera» donde se portó con brillo y bravura acostumbrada.

Formaba parte del 9 de Caballería, á las órdenes del Coronel Rodriguez, y en ese hecho de armas obtuvo una herida gravísima que le astilló el omóplato izquierdo, rozándole el pulmon del mismo costado.

Su vida estuvo en inminente peligro, hasta que despues de guardar cama por espacio de catorce meses y pasar tres en convalecencia, reingresó al ejército, siendo de nuevo destacado al servicio en las fronteras Sud de Córdoba y Sud de San Luis.

La revolucion del Coronel Layera, iniciada en el país, le encontró allí, honrado con el grado de Capitan, que le fué adjudicado en 9 de Julio de 1880, y cubierto su pecho con una medalla de honor, creada por el Congreso Argentino, por la Ley de 27 de Octubre de 1881.

Oriental de nacimiento y oriental de corazon, Mena creyó llegada la hora de servir á su Pátria, y sin vacilaciones de

